

DE LA TECNOECONOMIA A LA ECONOMIA ESTRUCTURAL

José Luís Sampedro

1) La Ciencia económica y la vida cotidiana

«Hace menos de un siglo un tratado de economía empezaba con una frase semejante a la siguiente: 'La economía es el estudio de la humanidad en los asuntos ordinarios de la vida'. Hoy comienzan con frecuencia de este modo: 'Este tratado, inevitablemente largo, está dedicado a analizar una economía en la cual las segundas derivadas de la función de utilidad poseen un número finito de discontinuidades. Para poder abarcar el problema he introducido los supuestos de que cada individuo sólo consume dos bienes y muere después de una semana Robertsoniana. Sólo utilizaré, si bien constantemente, instrumentos matemáticos elementales como la topología'».

Si la proposición científica precedente fuera mía, quizás pareciese una broma intencionada. Espero sea tratada con todo respeto si añadido que su autor es George Stigler, quien la estampó veinte años hace en su ensayo *The Intellectual and the Market Place*. Y como mi pretensión aquí es argumentar ante los cultivadores de la ciencia económica convencional, tan reverencialmente respetuosos de los Premios Nobel, espero que el prestigio de los mismos me permita elevar «la anécdota a categoría» y apoyarme en ella para afirmar que la teoría económica vigente tiene poco que ver «con los asuntos ordinarios de la vida».

Digo «poco», porque tiene algo, y no desdeño en modo alguno ese algo, ni la inteligencia y el esfuerzo que hay tras ello. Más adelante precisaré mejor el campo cubierto por ese «poco» y justificaré mi tesis de que ese conocimiento es necesario, pero de ningún modo suficiente, para afrontar los problemas económicos de nuestro tiempo. Esa es otra manera de decir que la ciencia económica convencional está en crisis, demostrándolo tenazmente cada día con su ineficacia ante el subdesarrollo, el paro y la inflación, por mencionar tan sólo algunos problemas muy principales. Ante esa situación me parece admisible toda reflexión, aun siendo tan humilde como ésta, acerca de las causas de esa crisis científica y de las orientaciones más acertadas para rectificar el rumbo.

Necesito precisar, antes de seguir adelante, que no soy como aquel celtíbero de Machado que «desprecia cuanto ignora». Aparte de que no ignoro tanto y hasta hice mis pruebas académicas antes de perder el interés por lo que considero en gran parte una escolástica (que «cuela el camello y se traga el mosquito», escribía García Bacca), no desprecio nada ni a nadie y

admiro tan consumada ciencia arbórea, aunque lamente la pasmosa ceguera forestal de esos profesores. Es más, envidio la elegancia y el refinamiento formal de tantos modelos, a cuyo lado resultan toscas e incipientes nuestras aproximaciones a lo real. Pero, como he escrito otras veces, no podemos subirnos a su confortable tren, con aire acondicionado y video, porque su locomotora les arrastra hacia el Norte de las academias y los salones. Nosotros — muchos, entre los que me cuentocaminamos con modestos bártulos hacia el Sur de las calles y «los asuntos ordinarios de la vida».

2) El diamante y el agua

Importa luchar contra el deslumbramiento que producen las «funciones de utilidad con un número finito de discontinuidades» y cosas semejantes porque generan sin duda una gran tentación intelectual y arrastran fácilmente a los jóvenes más honestamente exigentes. Con frecuencia ellos, y los veteranos de buena fe, quedan satisfechos por el rigor formal sin advertir su esterilidad. Aprovechando de otro modo la clásica comparación de Adam Smith, diré que prefieren el diamante al agua y rechazan así de sus torres de marfil a la impureza fecundadora de la vida. Creen que con el rigor formal alcanzan la objetividad; pero, aparte de que la ciencia social nunca puede ser neutral, resulta en un plano más originario que la preferencia por la ciencia frente a la sabiduría — que es otra cosa — es el producto de una colosal «subjetividad cultural». Quiero recordar con eso la existencia de culturas que «decidieron» preferir un saber vital a una ciencia técnicamente eficaz (China es un gran ejemplo, con su brújula, su pólvora y su imprenta antes que Europa) y no me parece posible decidir «objetivamente» si la productividad fáctica es mejor o no que el medido saboreo de la vida.

Esa comparación entre la ciencia que conduce a la técnica del *Homo Faber*, frente al saber vivir del *Homo Sapiens*, me permite ya asomarme a la tesis básica de este escrito, a saber: que la crisis de la ciencia económica sólo puede ser comprendida percibiendo su reverencial sumisión a las proezas técnicas e insertándola en un panorama global de toda nuestra cultura, de la que lo económico es sólo un subsistema dependiente.

Para desarrollar esa proposición básica me permito someter a discusión un texto mío todavía inédito aunque a punto de aparecer (con ligeras modificaciones) como fragmento de un artículo en *El Trimestre Económico*. Contiene una distinción entre niveles de lo real, en general, y niveles de lo social, en particular.

3) El reloj, el gato y la India

Cuando hace casi medio siglo me asomé por primera vez al famoso «Tratado» de Marshall, encontré estampado en su primera página el lema *Natura non facit saltum*. El lema pudo en sua día tomarse como válido, pero

hoy resulta irrevocablemente rebasado. Es decir, corresponde a una época en que la filosofía científica apostaba netamente a las categorías del orden social y del progreso armonioso, arrojando a la periferia de lo anormal el cambio y la ruptura. Hoy, después de los *quanta* y de otros hechos paralelos, hemos dejado atrás esa dependencia mental respecto del orden y matizamos el lema marshalliano poniendo de relieve el salto violento que separa a tres tipos distintos de sistemas: el mecánico, el biológico y el social, representados por el reloj, el gato y la India del epígrafe.

No ignoro que otros autores distinguen más tipos de sistemas (Boulding aceptaba hasta nueve, si no recuerdo mal) pero tengo bien presente lo poco que sé de Ockham, y resulta que para mi razonar sólo necesito tres. En primer lugar, el reloj o el sistema mecánico, enteramente lógico, invariable, inteligible por completo mediante la articulación de verdades parciales e incluso desmontable con posibilidades de volverlo a montar o reconstruir. Es el campo ideal para el rigor científico, la contrastación de hipótesis, la predicción. Tanta es su fuerza de atracción para los intelectos que uno tan eminente como el de Lévi-Strauss (pero, ay, tan prisionero de un orden perdurable que ello le pierde) adoptó el reloj como imagen de lo que llamó «sociedades sin historia». Ahora bien, ¿qué es el hombre sino precisamente el ser histórico, hacedor y padecedor de historia, aunque sea un quehacer condicionado por la naturaleza? Basta eso para rechazar el reloj como sistema explicativo de lo vivo y de lo social.

El gato, en cambio, sí constituye un campo de estudio para lo vivo. Además de moverse, evoluciona, se transforma, crece y se desarrolla: nos es de extrañar que los conocimientos adquiridos en seres como él hayan sido transplantados más de una vez al tercer sistema, como muestran las teorías biologists en la sociología, con un Spencer o un Spengler como grandes maestros, y en estilos bien diferentes. Y cuando, alguna vez, las ideas de los economistas ortodoxos relativas al desarrollo han intentado enriquecimientos conceptuales fuera del campo de sus verdades parciales, es en este tipo biológico de sistema donde han venido a buscar inspiración, quedando presos explicablemente en la idea del *crecimiento*.

Idea insuficiente para comprender el *desarrollo* de la India — ejemplo del tercer sistema — porque mientras el crecimiento biológico y su ulterior declive está genéticamente programado y sus límites son estadísticamente predecibles, en cambio el desarrollo social es otro muy diferente proceso. La sociedad se autotransforma; el animal no: por eso su comprensión es esencialmente histórica y por eso se cometen errores al intentar captarla y dirigirla con una panoplia de verdades únicamente parciales. Por supuesto que éstas son útiles, *pero sólo si se aplican correctamente; es decir, dentro de los subsistemas de tipo mecánico y biológico* englobados en el sistema social. Por eso las califico de necesarias pero no suficientes y por eso cabe reconocer sin reservas los progresos recientes del instrumental económico, al mismo tiempo que la crisis de una teoría empeñada en abordar lo que ella misma ha eliminado de sus supuestos.

Niveles de realidad social y modelos de desarrollo

(Nota: Cada modelo tiene en cuenta, además de sus variables específicas, las de los niveles precedentes)

Nivel	Variables	Modelo
1) Tecno-económico.	Micro- y macro-económicas.	Convencional.
2) Socio-político.	Calidad de vida, necesidades básicas, etc. Grupos, clases, instituciones y poder	Convencional ampliado reformista. Dependencia.
3) Axiológico.	Límites medioambientales. Sistema de valores.	Ecodesarrollo. Nuevo desarrollo.

4) Nivel técnico, social y cultural

Todo ello queda presentado con mayor precisión al concentrarme, a partir de ahora, exclusivamente en *el sistema social, distinguiendo tres niveles* a cada uno de los cuales corresponden tipos diferentes de variables, de modelos teóricos y de economistas. Lo corriente es, sin embargo, creer que la formación convencional del economista capacita para abordar todos los niveles, y de ahí resultan errores muy graves. Mi propósito es aprovechar esa distinción ternaria para poner de manifiesto tales errores y para sacar consecuencias de considerable alcance.

Cabría identificar, naturalmente, más niveles, lo mismo que pueden postularse diferentes subsistemas dentro de un sistema cualquiera; pero no he necesitado más ni menos para estructurar mi análisis. Esa es mi justificación, a saber, la utilidad que tiene para mí desde hace tiempo el empleo de mi esquema ternario. Si la tiene también para otros — y con esa esperanza lo expongo — habré satisfecho mi propósito al difundirlo.

El cuadro inserto resume las ideas básicas, pero importa entrar en algunos detalles para comprender mejor el campo y significado de cada nivel. Advertiré, para toda la exposición ulterior, que la distinción ternaria sólo ha sido aplicada en dicho cuadro a una tipología relacionada con el mundo económico, aunque puede generalizarse a cualquier otro.

A) *Nivel técnico*. Es el que consciente y sistemáticamente cultivan los economistas del mundo académico dominado por el pensamiento anglosajón. Es el nivel de las verdades parciales, *de los objetos y de la causalidad* como categoría relacional básica. En ese nivel los economistas trabajan como otros científicos del mundo natural, los ingenieros o los químicos. Es un nivel esencialmente pragmático, operativo, con variables totalmente o en muy gran parte cuantificables. Se presta a definir la ciencia económica (y me sorprende

que no se haya hecho así, salvo ignorancia mía) como «la interpretación de la realidad social en términos monetarios», al menos como ocupación fundamental. *Science is measurement* proclamó la Cowles Commission, y como para medir hace falta una unidad, esa ciencia económica declaró como suya la moneda.

B) *Nivel social*. Ahora bien, los economistas, y más aún los disidentes del pensamiento oficial, desbordan constantemente ese primer nivel técnico, que es el más inmediato, forzados por el hecho de que la actividad social no se deja reducir a mera técnica ni a variables cuantitativas. De ahí sus incursiones y apoyaturas en un segundo nivel que es el de *los hombres y las instituciones*. Los análisis parciales resultan entonces más difíciles y solamente legítimos en porciones muy concretas y forzosamente abiertas a perturbaciones por efectos externos al campo analizado. En este segundo nivel los economistas políticos conviven con juristas, politólogos y sociólogos, abordando problemas de instituciones sociales y de estructura económica. Conviven, sobre todo, con historiadores porque el nivel social es un mundo de verdades globales donde es imposible casi siempre medir y donde la comprensión (la *Verstehen* de Schumpeter) tiene que sustituir con frecuencia a la cuantificación. El tipo de relación característico de este nivel no es tanto la causalidad cuanto la interdependencia y la totalidad propias del *análisis estructural*.

Más importante aún, en este nivel los proyectos técnicos han de subordinarse a los procesos sociales y los análisis estáticos a los dinámicos, aceptándose los primeros solamente como artificio para comprender mejor; porque, en lo social, la distinción entre proceso y estructura, entre la diacronía y la sincronía de la lingüística, no puede adoptarse literalmente, so pena de caer en falsedades. Toda estructura social es siempre una estructura en marcha, un devenir, y sin esta idea básica no se verá con claridad el magno problema de nuestros días: la crisis y el cambio a que luego me referiré.

C) *Nivel cultural*. Rara vez los economistas profundizan hasta este tercer nivel, y ciertamente es un campo cultivado por otros científicos. Más aún, las referencias a la cultura en trabajos de economía, sobre todo los consagrados al gran tema del desarrollo, suelen incluso reducir su concepción de la cultura a la acumulación y calidad de los conocimientos, en el sentido vulgar en que, por ejemplo, se dice de una persona que es «muy culta». Pero aquí entiendo el vocablo en su científica acepción antropológica, es decir, como manera global de vivir una colectividad, desde los mitos hasta los instrumentos cotidianos. Es decir, para emplear una tan breve como expresiva definición de X. Zubiri, llamo cultura a «nuestro modo de habérselas con la realidad». Por eso, en rigor, podría yo prescindir de este nivel, extramuros por su propia naturaleza a la ciencia económica, como quiera que ésta se conciba, aunque lo cultural esté siempre subyacente como cimiento y marco de todo comportamiento, individual o colectivo.

Ahora bien, resulta que en estos tiempos, tampoco el economista puede desentenderse de lo cultural por la vía de aceptarlo sin más como un dato ajeno a su disciplina. Pues ocurre que vivimos una crisis cuya profunda significación precisaré más adelante y ese dato está cambiando; con lo que el economista se arriesga, si ignora el proceso, a seguir construyendo puentes por donde ya no pasan los ríos desviados. De hecho, así sucede.

Por eso incluyo, y completo así el esquema, ese tercer nivel *de los valores y de las verdades simbólicas* o absolutas para la cultura que las crea), cuyo contenido es el sistema los valores, las imágenes y las creencias. Por supuesto que lo cultural abarca todo — también las instituciones y los objetos — o mismo que el nivel social incluye también las técnicas; pero lo que el cuadro presenta en ese nivel es lo privativo y específico suyo, del mismo modo que lo técnico caracteriza al primer nivel y lo institucional al segundo.

Y es que — lo subrayo por su importancia — *los tres niveles son interdependientes*; no en el sentido de tres entes separados pero en conexión mutua, sino en el de que *forman una totalidad* única: después de todo, las trinidades se reducen tradicionalmente a un Uno. Más aún, como previene específicamente el cuadro y acabo de reiterar, el nivel cultural es soporte de los otros dos, englobándolos, y el social lo es del técnico, por lo que una visualización más correcta debería presentárnoslos en círculos concéntricos si no fuese porque, aparte de ser más engorrosa, nos ocultaría el hecho de que el técnico y el político tienen por formación una visión ptolomeica de la realidad. Es decir, instalados en su propio nivel lo hacen centro del mundo y contemplan los otros dos niveles como excéntricos. Las consecuencias son tan graves como la reducción del vivir humano a una mera producción-consumo, por ejemplo. Y, si esto parece exagerado, aunque de hecho no lo sea, se llega frecuentemente a pensar que la cultura debe de ser una dimensión del desarrollo cuando en rigor es al revés: cada estilo colectivo de vivir (cultura) cuenta al desarrollo económico como una de sus dimensiones, entre otras.

5) Tipología de modelos y de economistas

Si he logrado hacer ver el sentido real de lo que denomino niveles y de sus componentes y relaciones básicas, sólo me queda mostrar cómo de él se deriva lógicamente una *tipología de modelos económicos* y de economistas, así como de las variables que unos y otros manejan. El lector reconocerá que a unos y otros he asignado, claro está, los nombres con que se conocen hoy y que resultarían diferentes en otra cultura o época, anterior a la nuestra.

Las *variables* no necesitan comentario salvo recordar que al descender en la lectura de su columna, se añaden sucesivamente a las variables micro-y macroeconómicas las necesidades básicas, las institucionales, etc.; prueba, por

sí sola, de la insuficiencia de las primeras, al menos para los temas económicos más básicos y graves, como es el desarrollo. En cuanto a los *modelos teóricos* propios de cada nivel, tampoco requieren explicación pues serán fácilmente reconocidos, y el hecho de que por lo menos desde 1972 pueda hablarse de *ecodesarrollo* justifica la presencia del economista en el tercer nivel — aunque no como director de orquesta — y prueba los cambios y desvíos de ríos antes aludidos: hoy se va adquiriendo la conciencia de que el planeta es el primer bien escaso; hecho ignorado por una teoría convencional que, sin embargo, hacía de la escasez su categoría identificadora como ciencia. Desgraciadamente, desde su tecnocentrismo, la teoría convencional trata de digerir ese descubrimiento con métodos parciales, como el del coste-beneficio, que sólo pueden aceptarse — pues hay en el problema mucho más que magnitudes monetizables — como la nueva aportación del técnico a decisiones que con mucho le rebasan.

En cuanto a tipos de economista, la amplitud de la disciplina ha llevado de hecho a una variada especialización, aunque no se encuentre tan formalizada como, por ejemplo, en la medicina. Ya no puede recurrirse, como por necesidad se hizo alguna vez, a definir la ciencia económica como «lo que hacen los economistas» porque sus quehaceres son muy variados.

En mi esquema, sin embargo, se reducen fácilmente a tres tipos, cuyos rasgos se deducen fácilmente de lo ya expuesto. Primero, los *tecnoeconomistas* o *Economistas financieros*, sin que este adjetivo limite su campo pues denota solamente el enfoque basado en magnitudes monetarias, como ya indiqué. Después, los *socioeconomistas* o *Economistas políticos* que, además, de esas magnitudes, tienen en cuenta las variables correspondientes al nivel, bien para integrarlas como son en el modelo convencional ampliado, o bien para adaptarlas con intención reformista e incluso propugnando su transformación para reducir la dependencia de países o de clases sociales. Finalmente, en el tercer nivel me atrevo a hablar de *metaeconomistas*, con el prefijo más neutro posible, encaminado a indicar literalmente que ese campo está más allá de la economía, aunque convenga la presencia de especialistas en esa disciplina para aportar otros conocimientos correctos sobre la dimensión económica de lo cultural.

No pretendo el acierto de mis denominaciones, reducidas a mera sugerencia. Lo que sí me importa y estimo uno de los resultados principales de este análisis, es reforzar con ellas la conciencia que todos hemos de tener acerca de las limitaciones impuestas por el nivel en donde estamos instalados. En otras palabras, que así como un «metaeconomista» nunca será un buen gerente de la oferta monetaria, así también un monetarista carece de la perspectiva necesaria para comprender y afrontar la inflación.

Sin duda acabo de escribir algo escandaloso para los creyentes en la naturaleza puramente monetaria de la inflación, pero a mí no me impresiona el respaldo de esa creencia por un premio Nobel, aunque esa creencia esté defendida con todo el talento de Milton Friedman. Mi esquema, creo, ayuda a comprender la tesis opuesta porque sólo ignorando los dos niveles más

amplios de la realidad (con sus variables institucionales y culturales) puede creerse esa verdad parcial de que la inflación es mera consecuencia del desbordamiento de la oferta monetaria. Si así fuese, los gobiernos serían culpables tan necios como gratuitos, cuando en realidad hay que preguntarse por qué se ven forzados a aumentar esa oferta, aun a sabiendas de su consecuencia inflacionaria. Y la respuesta está, como es sabido por los socioeconomistas, en las variables del segundo nivel (presiones y conflictos de grupos) así como también en unos comportamientos del consumidor cuya raíz es cultural, como saben los «metaeconomistas», porque nuestra civilización industrial encarna una manera de vivir basada en el consumismo o preferencia patológica por el disfrute de bienes de mercado, con olvido de otras gozosas dimensiones humanas.

Más sencillamente: los hechos inflacionistas (primer nivel) resultan de decisiones individuales e institucionales (segundo nivel) que, a su vez, responden a motivaciones inspiradas en creencias y valores (tercer nivel). En conclusión, deslindemos los campos y trabajemos en lo que estamos preparados para abordar. Y conste que en nada de lo dicho quiero introducir jerarquías: como dije al principio, no desdeño nada. Es decir, que tan valioso es para la sociedad (y a corto plazo más) una política monetaria correcta como la reflexión sobre las desviaciones de la cultura industrial y sus consecuencias para nuestras vidas. Ahora bien, las reflexiones en el tercer nivel son hoy más necesarias que nunca. En efecto, durante las épocas sociales estables, mientras las instituciones y valores colectivos no se modifican, es más posible actuar correctamente en el nivel técnico sin preocuparse del resto (es decir, tiene más validez un modelo convencional) porque no se alteran los supuestos institucionales y culturales implícitos en las verdades técnicas parciales. Pero hoy ocurre todo lo contrario: vivimos una crisis de máxima intensidad, que sólo la miopía convencional de tantos expertos internacionales dominantes pudo atribuir al alza del petróleo en 1973, esperando mejores perspectivas, año tras año y conferencia tras conferencia.

6) La vejez del Nuevo Orden

Reconozco que lo expuesto hasta aquí no es a primera vista deslumbrador. Comprendo que una «semana Robertsoniana» espolvoreada de topología elevaría mucho el nivel académico de este escrito. Ahora bien, por elemental que parezca el análisis anterior resulta que su desconocimiento es para mí la clave de la crisis padecida por la ciencia económica. En efecto, en pocas palabras, ocurre que talentos muy valiosos, equipados con teorías muy sofisticadas circunscritas al nivel técnico, se creen competentes para abordar los problemas del nivel socio-político y cultural. Parodiando a Clémenceau puede afirmarse que el desarrollo económico es una tarea demasiado complicada para confiársela a los economistas (convencionales).

Es tan sencillo como todo eso. Pero las consecuencias de no entenderlo conducen — junto con la presión de intereses muy concretos — a la reiterada ineficacia de acciones concebidas sobre supuestos ya anacrónicos. Resulta que las bases culturales y sociales no son las que en el siglo XVIII y XIX servían de hipótesis implícitas a la teoría económica y, al no haber modificado ésta sus supuestos, cae forzosamente en la irrealidad. Ante esa situación, los economistas convencionales despliegan una falta de imaginación desoladora. Basta recordar la copiosa bibliografía que, creyendo encontrar la clave de la inflación, se dedicó a algo tan estéril hoy como la famosa curva de Philips. Y algo más reciente es el espectáculo de los nuevos economistas convencionales cuando buscan refugio en un «nuevo» liberalismo que no es sino prueba de su falta de imaginación ante los *nuevos* problemas. Cuando algún «ismo» del pasado reaparece etiquetado como «nuevo» ya empieza uno a sospechar que no lo es tanto y por eso mismo necesita la etiqueta como un disfraz. Muy bien lo denunciaba nuestro poeta y humanista Juan Maragall al escribir, hace casi un siglo: «Mientras las clases obreras por un lado y los que pelean en la vanguardia del pensamiento por otro, avanzan convergiendo hacia un punto indeterminado todavía, donde reunidos puedan dar la batalla al actual orden social, éste, desarmado de ideales que oponer al enemigo, va replegándose a antiguas trincheras abandonadas, y allí se arma a toda prisa con armas cuyo uso había olvidado y que ahora procura habilitar acomodándolas a las necesidades de la nueva lucha.» Palabras de hace noventa años que parecen escritas para tantos desenterradores actuales de teorías pasadas.

Otro refugio aparentemente progresivo y moderno consiste en querer salvar a la ciencia económica por la vía de la tecnificación cibernética. Pero también el recurso es viejo porque sólo consiste en repetir con instrumentos al día, la tentación en que cayeron a principios del siglo XIX los economistas, transplantando en su virtud a nuestro campo los métodos matemáticos tan fecundos para las ciencias físicas y naturales, reduciendo así la economía del consumo y la producción al marginalismo. Entonces fue el cálculo diferencial; hoy es la informática.

Por supuesto, no todo ha sido inútil ni muchísimo menos. También el jardín académico da frutos, pero no suficientes. Sus dogmas, refrendados por el prestigio, esterilizan terrenos donde brotarían otras cosechas y, lo que es peor, ciegan para toda visión auténtica nueva, capaz de salir de la crisis, porque, como dijeron Gramsci o Brecht (o los dos) se padece una crisis «cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer». Y, para limitarme a un ejemplo de máxima amplitud, frente a un Nuevo Orden mundial de hecho, solamente se está imaginando la camisa de fuerza de una vieja estructura.

En efecto, a estas alturas se puede ya afirmar que el Nuevo Orden Económico Internacional, lanzado a bombo y platillo en 1974 para reanimar el desencanto en que se deshicieron las ilusiones levantadas por la UNCTAD, resulta ya anacrónico. Desde las premisas aquí mantenidas, el NOEI pertenece

al mundo que muere, sin capacidad para ningún cambio importante, y ello no solamente porque los países ricos no muestren suficiente voluntad política. Pues aunque esa voluntad existiera, el resultado — en el mejor de los casos — sería extender a todo el Tercer Mundo una estructura económica subalterna y dependiente, de acuerdo con la ideología del viejo desarrollo. En efecto, aunque se facilitara el acceso a los mercados internacionales, dejarían éstos de seguir dominados por los más poderosos, lo mismo que ocurre hoy dentro de las propias fronteras en los países del Norte? Análogamente, la mayor participación en organismos monetarios internacionales, acaso significaría organizar las finanzas mundiales al servicio de los intereses del Tercer Mundo? Y, sobre todo, las transferencias de tecnología no supondrían nunca la elevación de la técnica del Sur hasta los más altos niveles del Norte, que seguiría monopolizando los sectores de punta, en la frontera de la investigación. El resultado final, por tanto, sería rodear al Norte de un arrabal subindustrializado y por tanto más contaminado que hoy, reducido a producciones más dependientes todavía y con su identidad cultural irreparablemente destruida. Como en los barrios pobres de las grandes periferias urbanas, la mayoría seguiría siendo indigente aunque con opción a televisores, después de haber perdido en raíces interiores, su *propia* manera de vivir.

Por todo ello y para evitar errores de análogo alcance (si es que no son intencionados neocolonialismos en vez de errores) es indispensable atacar la investigación teórica en su raíz socioestructural; es decir, en el segundo y en el tercer nivel de la realidad social. De otro modo al cabo de unos decenios el Tercer Mundo se encontraría aprendiendo todavía el viejo desarrollo, cuando va en los países adelantados se empezase a reconocer la necesidad de un cambio. Y lo alarmante es que cada día perdemos un poco la batalla, bajo la tremenda presión de unos poderes políticos del Norte hoy prácticamente en manos de su «complejo industrial-militar», que dispone de la telemática centralizadora y de los más poderosos medios de comunicación e indoctrinación para difundir e imponer su manera de vivir. En suma, la civilización industrial pone a los pueblos del Tercer Mundo en el siguiente dilema, como ha escrito Paul-Marc Henry en la revista *Development* (número 3/4 de 1981): para subsistir y progresar necesitan de un desarrollismo que, por su propia naturaleza, ha de destruir inevitablemente su identidad cultural; es decir, vital.

Todo lo expuesto no quiere decir que se renuncie a las ventajas parciales ofrecidas or posibles acuerdos específicos dentro del Nuevo Orden Económico Internacional. Al contrario, porque ante el hambre que no espera sería insensato desaprovechar cualquier oportunidad para aliviarlo. A lo que quiero llegar — y en ese sentido apunta la citada observación de Paul-Marc Henry — es a la necesidad de una doble estrategia, tanto en el terreno práctico como en el teórico, para aliviar la miseria de tantos seres humanos y, como esa doble estrategia supone sobrevivir dentro del mundo actual, como imperativo necesario, preparando el mundo futuro, este último exige imprescindiblemente

construir una nueva teoría económica que, utilizando materiales de los tecnoeconomistas (instrumentos necesarios, ya lo he dicho, pero no suficientes) complemente ésta con conceptos y variables capaces de afrontar la realidad cotidiana.

7) Hacia una economía estructural

Los supuestos implícitos de la teoría convencional eran, esencialmente, la motivación utilitaria del comportamiento humano, acuñada por Bentham (es decir, el *homo oeconomicus*) y la teoría de la mano invisible como orden natural permanente (providencialista en el fondo) que compaginaba el egoísmo benthamiano con las relaciones sociales. Si el primer supuesto es un eco de la física newtoniana y responde así, por tanto, a las ideas de su tiempo, el segundo es una concepción al margen del historicismo, con lo que la combinación de ambos imprime a la teoría económica convencional un sello mecanicista originario que respondiese en sus construcciones lógicas. La teoría convencional se mueve por tanto básicamente en el primer nivel social, con excursiones eventuales solamente hacia el segundo, de la misma manera que trata la realidad como si fuera esencialmente un reloj y, de vez en cuando, un gato, conformándose con modelos matemáticos de crecimiento para explicar el cambio social del desarrollo.

Para la teoría convencional, por tanto, el orden natural linneano no ha sido arrollado por el historicismo del siglo XIX, como si Darwin y Marx no hubieran escrito nunca, al mismo tiempo que la motivación newtoniana (todavía presente en los gustos y los obstáculos paretianos de la teoría del gasto y del consumo) continúa ignorando la mucho más complicada psicología admitida hoy a partir de Freud y, más todavía, tras los progresos de la antropología y de la etnología.

Reconozco que ésta es una visión simplificada y no dejo de recordar que Stuart Mill y otros notaron más de una vez la insuficiencia de los supuestos. Pero no es menos cierto que si se quiere de verdad una teoría económica nueva, a la altura de los tiempos, ésta tiene que recoger necesariamente el sentido histórico de todo proceso social y la complejidad de motivaciones, manipuladas con medios técnicos hoy muy poderosos por intereses no siempre ostensibles. Y además de todo eso la estructura formal de esa ciencia tiene que rebasar el nivel de los análisis parciales para sumarse de lleno a la gran corriente estructural que domina hoy en la ciencia moderna.

Este último punto merece un cierto desarrollo porque la verdad es que la teoría convencional está muy retrasada respecto de otras corrientes científicas aunque a veces el empleo de computadoras y otros medios técnicos disfrace la parcialidad analítica de las teorías subyacentes.

A pesar de inevitables simplificaciones en un texto de este tipo, puede ya concluirse que la teoría convencional es insuficiente por dos razones principales: su elaboración a base de análisis parciales fundamentalmente y

la exclusión de variables socio-políticas indispensables para comprender las decisiones económicas. Repetiré una vez más que en esos análisis parciales hay resultados muy valiosos e instrumentos tan eficaces como muchos de la econometría, pero eso no impide que la generalidad de la «teoría general» sea una ilusoria pretensión.

En consecuencia, el replanteamiento indicado para sacar a la ciencia económica de su crisis actual y de su impotencia exige un doble camino: primero, un enfoque estructural que la ponga a la altura de otras ramas científicas y que ha de abarcar al conjunto, sin que baste la incorporación de tratamientos informáticos; segundo, incluir en los modelos variables socio-políticas, aunque esto suponga dar entrada a aspectos no cuantificables cuyo análisis responde más a la comprensión histórica y a la metodología de las ciencias sociales que a la afición matemática en gran parte de la teoría convencional.

Naturalmente no tengo la menor pretensión de conocer cómo será esa economía estructural aunque, en unión de muchos, haya trabajado algo para asomarme a ella. Deseo sin embargo considerar muy brevemente dos puntos de interés a mi juicio: una cuestión de método y el problema del nivel cultural.

8) Sabiduría y metaeconomía

En cuanto a la cuestión de método me parece indispensable admitir desde el principio que no tenemos una metodología adecuada para las ciencias sociales y que, en mi opinión, ello se debe a la preocupación «tecnicista» que obsesiona a esa preferencia científica de nuestra cultura aludida en párrafos anteriores. Creo que la diferencia entre *ciencia* y *saber* no es suficientemente percibida en general por los científicos y ello implica no darse cuenta de que si la ciencia rigurosa — en el sentido, para entendermos, más positivista — ha dado muy fecundos resultados para aplicaciones técnicas, la acción eficaz, la productividad y hasta para transformar el mundo (no siempre satisfactoriamente, como empezamos a ver) en cambio resulta por lo menos muy dudoso que nos haya enriquecido para el disfrute mismo de la vida, para el de nuestra propia personalidad y para la comprensión de ese mundo. La falta de sentido de la identidad, la proliferación de perturbaciones psíquicas, la desazón y la angustia y otros fenómenos registrados a diario contrastan, en la cultura industrial, con la aceptación de los hechos y la tranquila inserción en el mundo de los hombres inspirados por otras culturas.

En mi opinión el sistema social necesita ser abordado de otra manera y con otros métodos que el sistema mecánico e incluso que el biológico. Su contenido es la vida humana; es decir, la historia y no sólo la biología. Su función no es solamente producir y conocer sino interpretar y saborear. Transplantar nociones del sistema mecánico o natural al sistema social, constantemente empapado de subjetivismo antropológico (si puede decirse

así) me parece uno de los grandes errores de nuestro mundo. El tigre que nos mira tranquilo se quedaría estupefacto si supiera que le hemos clasificado como feroz.

En una palabra, ante la sociedad la sabiduría debe estar por encima de la ciencia, aunque utilice a esta última. Cuando no es así, pasa lo que pasa.

El segundo punto consiste en plantear la cuestión de si la ampliación de las variables hoy omitidas por la economía convencional debe alcanzar también al nivel cultural. En otras palabras, preguntarse si tiene sentido la existencia de meta-economistas, para emplear mi denominación anterior.

En general pienso que esos meta-economistas han existido ya y existieron, se les llame así o no, en cuanto un economista se considera insatisfecho y se asoma a la sociología. El resonante caso de Pareto, dejando atrás el *Manual* y pasando al otro campo, es muy ilustrativo. Ahora bien, en el momento presente me parece conveniente que personas formadas en la propia economía convencional intenten aclarar el sentido y las limitaciones de la cultura industrial porque para ello estarán más capacitados que otros por el hecho mismo de que esa cultura está teñida casi de una manera dominante por el economicismo: los valores económicos y técnicos por encima de otros muchos.

Ello es hoy más necesario si se piensa, como a mí me ocurre, que la crisis actual es una ruptura histórica, sin precedentes desde el Renacimiento, que afecta a todos los aspectos de la vida en el mundo desarrollado y que no es una mera perturbación transitoria. Naturalmente que esa opinión puede ser negada, como lo hace recientemente Kenneth Arrow en «El País» (9 de septiembre), pensando que sólo vivimos una crisis económica más. Pero si se admite mi opinión, coincidente con la de otros muchos, la ciencia económica debe asomarse necesariamente a la evolución de los supuestos que disfrutó como prácticamente inalterables durante un par de siglos. En ese tiempo, en efecto, no importaba prescindir de variables culturales, porque se habían tenido en cuenta como entorno archisabido de los modelos concretos; pero al ponerse en cuestión ese entorno, resulta indispensable considerarlas e incluso orientar las preferencias.

En otras palabras, si ciertamente se tambalea el sistema cultural básico y emerge otro, entonces es indispensable discutir al menos las nuevas categorías posibles. Sin ánimo de predecir el futuro y respondiendo naturalmente a preferencias personales, uno cree que la evolución cultural debe sustituir la categoría del orden por la del cambio y, lo que viene a ser lo mismo, la de naturaleza por la de historia; además de reemplazar el individualismo competitivo por la solidaridad planetaria. En menos frases todavía, caminar hacia una cultura que no reduzca la vida a economía.

Naturalmente que pasar de un sistema cultural a otro es imposible para el individuo aunque sea «natural» para los hombres. Todos pertenecemos a la cultura en que hemos empezado a crecer, por mucho que intentemos adaptarnos a otra y eso nos obliga, a quienes preferimos el cambio, a lo

que en otras ocasiones he llamado la doble estrategia de sobrevivir en el hoy mientras se lucha para el mañana. Doble estrategia que es la única manera de impulsar el cambio social y que se refleja por ejemplo en la actitud ante el ya mencionado proyecto de Nuevo Orden Económico Internacional, consistente en aprovecharlo al máximo sin perjuicio de considerarlo ya periclitado y luchar por otro.

Cuando se contempla la fuerza de los intereses establecidos, la lucha para desmitificar los valores anacrónicos de la cultura industrial parece condenada al fracaso. Ante un panorama mundial en el que las diversas culturas no industriales del Tercer Mundo parecen condenadas a quedar aplastadas por la impresionante eficacia bélica y técnica de Washington o de Moscú, resulta difícil alentar el optimismo. Pero eso no debe llevar a la resignación impotente. «Cada vez tengo más razones para el pesimismo, pero más motivos para la esperanza» escribía Erich Frömm. O, como decía Gramsci, hay que pasar «del pesimismo de la razón al optimismo de la voluntad»: es decir, del fatalismo de los extrapoladores a la convicción de que la historia la hacen los hombres. Y además, cualquiera que sea el resultado, cada uno de nosotros debe pensar si reduciendo su vida a la mera supervivencia no está malbaratando el disfrute mismo de su vida, al no enriquecerlo con la pasión de ser fiel a sí mismo, de ir haciéndose lo que es. Y ser fiel a sí mismo es ser fiel a la propia cultura; a esta manera humana de vivir que es la nuestra y que no sólo se compone de rigor mental para una técnica eficiente, sino también de misterio y libertad, de aventura vital.